

---

# EL PAPEL DE EUROPA EN EL CONFLICTO DE ORIENTE PROXIMO

Emilio Menéndez del Valle

---



9

---

Tras considerar las posiciones de las partes directa e indirectamente implicadas en el embrollo de Oriente Próximo, el presente artículo pretende exponer la actitud política europea para con el tema, analizando su evolución desde su inicio a comienzos de los años setenta y proponiendo unos cuantos puntos que configurarían una posición digna sobre este asunto.

Intransigencia y barbarie son, hoy en día, las dos características más acusadas mostradas a la opinión pública internacional por el Estado de Israel. Intransigencia fue el anexionarse Jerusalén (anexión arrogantemente comentada por Be-guin a Sadat: «Jerusalén es, y será, una capital indivisible de Israel y bajo su sobe-

ranía... Nuestros asentamientos (los realizados en los territorios ocupados) son legales y legítimos y parte integrante de nuestra seguridad nacional. Ninguno de ellos será removido»).

Intransigencia fue, asimismo, anexionarse el territorio sirio del Golán, y bar-

barie en la masacre llevada a cabo por Israel en julio y agosto de 1982 en el Líbano. Israel, que tan a menudo hace gala del «síndrome de Holocausto», no ha dudado en mantener asediados durante semanas en Beirut a miles de palestinos y libaneses en parecidas e inhumanas condiciones en que los judíos fueron tratados por los nazis en el ghetto de Varsovia.

No se puede combatir lo que el gobierno israelí llama terrorismo con un terrorismo de Estado. Israel tiene que hacerse a la idea de que mientras no varíe su política de intransigencia a ultranza la lucha de la resistencia palestina proseguirá por los mismos cauces. Y de nada vale denominarla «terrorismo» cuando un Estado actúa en las relaciones internacionales como lo hace el de Israel. Los israelíes recuerdan muy bien que 1972 fue un año en que las actividades terroristas proliferan especialmente. En mayo tuvo lugar la matanza del aeropuerto del Tel-Aviv: veintiocho muertos a cargo de un «comando suicida» japonés. Y en los Juegos Olímpicos de Munich, otras diecisiete víctimas. Como consecuencia de tal oleada de terror, determinados Estados occidentales iniciaron una campaña en Naciones Unidas para lograr la condena internacional de los actos terroristas. El 8 de septiembre de 1973 el secretario general, Waldheim, solicitaba la inclusión del tema terrorismo en la agenda de la Asamblea General.

Sin embargo, los debates producidos en la ONU desde esa fecha no revelan un apoyo masivo de la comunidad internacional al concepto de terrorismo propuesto por EE.UU. y algunos de sus aliados. Tal como fue originariamente presentado por Waldheim, el asunto terrorismo debería haber sido considerado bajo el título *Medidas para prevenir el terrorismo y otras formas de violencia que pongan en peligro u ocasionen la muerte de seres inocentes o amenacen las libertades fundamentales*. Pero, a propuesta del embaja-

---

**No se puede combatir  
lo que el gobierno israelí  
llama terrorismo  
con un terrorismo  
de Estado.**

---

dor Baroody, de Arabia Saudí (no precisamente un militante marxista-leninista), la Asamblea General enmendó este título e incluyó esta significativa frase en el proyecto de resolución a discutir: *Medidas para prevenir... (etc.)... y el estudio de las causas subyacentes de todas aquellas formas de terrorismo y actos de violencia que se deriven de la miseria, frustración, agravio y desesperación que llevan a algunas personas a sacrificar vidas humanas, incluidas las suyas propias, en un intento de conseguir un cambio radical.*

Durante el debate para la inscripción de este nuevo título en la agenda de la Asamblea, y luego en los habidos en la VI Comisión (jurídica) y en la propia sesión plenaria, EE.UU. y una minoría de Estados insistieron, infructuosamente, en que los actos terroristas eran separables de su motivación política o social y que, por tanto, podían ser tratados como delitos comunes. No obstante, la XXVII Asamblea de la ONU adoptó, por abrumadora mayoría, la tesis opuesta y designó un comité «ad hoc» para estudiar el terrorismo y sus causas.

La comunidad internacional ha de reflexionar sobre el hecho de que al intentar Israel liquidar físicamente a la OLP con su acción terrorista en Beirut, en el verano de 1982, estaba propiciando la aparición de acciones terroristas a cargo de palestinos desesperados. Consecuentemente, el mundo occidental —y en especial Europa— debe presionar para que Israel abandone una actuación internacional que puede producir resultados difícilmente previsibles. Si se quiere evitar que conflictos como el de Oriente Próximo produzcan a largo o medio plazo otro tipo de holocausto, el nuclear, las presiones han de ir encaminadas en el sentido de que las partes enfrentadas abandonen la lucha armada para iniciar la vía de la negociación política. Una mezcla de lógica y ética indicaría que el primer gesto habría de produ-

cirlo la parte militarmente más fuerte a corto plazo. Curiosamente, la guerra de Beirut, concebida por Israel para aplastar militarmente a la OLP, ha creado un ascenso político y diplomático de ésta.

### *Los objetivos de Israel.*

La invasión del Líbano ha demostrado suficientemente que no hay diferencias políticas esenciales entre el actual partido gobernante en Israel, el Likud, y la oposición laborista. Política y moralmente ambas organizaciones deben ser igualmente condenadas por la comunidad internacional<sup>1</sup>. El Likud mantiene la tesis del «Ereta Israel» que, apoyándose en argumentos bíblicos, pretende la expansión del actual Estado a Judea y Samaria (legal y territorialmente pertenecientes a Jordania y hoy ocupados militarmente por Israel) y a Gaza<sup>2</sup>. Recuérdese que gobierno y parla-

mento israelíes se han anexionado ya formalmente Jerusalén y los altos del Golán. Dónde acabarán las pretensiones anexionistas del «Gran Israel» es algo que cualquier Estado limítrofe necesariamente ha de preguntarse.

Lo que el gobierno israelí actual denomina un «programa de paz y estabilidad regional» incluye los siguientes puntos:

1. Negociaciones entre Israel y cada uno de sus vecinos, tendentes a lograr una paz justa y duradera.
2. Reconocimiento de la soberanía e independencia política de todos los Estados existentes en la región y de su derecho a vivir en paz dentro de las fronteras seguras y reconocidas.
3. Autonomía para los habitantes árabes de Judea, Samaria y distrito de Gaza durante un período provisional de cinco años, tal como establecen los acuerdos de Camp David. Aplazamiento de la determinación final del «status» de estas áreas hasta el término del período transitorio.

4. Restauración de la plena independencia del Líbano, mediante la retirada de las fuerzas sirias y de la OLP de territorio libanés.
5. Negociaciones entre todos los Estados de Oriente Próximo tendentes a declarar la región zona desnucleada, en favor de la seguridad y bienestar de todos sus habitantes.

Obviamente, no se busca la «seguridad y bienestar» del pueblo palestino, que no es mencionado ni una sola vez en el programa de «paz y estabilidad regional». Para los palestinos que, en el colmo de la indecencia y cinismo político, resultan simplemente ignorados, se prevé la paz y la estabilidad de la cárcel o el cementerio. Eso, entre otras cosas, perseguía la agresión israelí contra territorio libanés.

Así, puede decirse que con dicha agresión se pretendían, al menos, tres objetivos

**El «programa de paz y estabilidad regional» del gobierno israelí no busca la «seguridad y bienestar» del pueblo palestino, que no es mencionado ni una sola vez.**

interrelacionados: uno, arrancar al norte de la frontera del actual Israel una «franja de seguridad» en territorio libanés de unos cuarenta kilómetros de profundidad

para evitar que los palestinos bombardearan las colonias judías instaladas ilegalmente en los territorios ocupados<sup>3</sup>. Dos, en cumplimiento del punto 4 de su «programa de paz y estabilidad regional», Israel pretende fortalecer al gobierno central del Líbano para que imponga su autoridad sobre la guerrilla palestina. El problema estriba en que lo quiere hacer machacando a palestinos, libaneses y sirios y sin el consentimiento del gobierno libanés. Tres, lisa y llanamente, Israel ha pretendido acabar con la fuerza militar y política de la OLP y, de paso, matar, simplemente matar, a cuantos palestinos les fuera posible<sup>4</sup>.

Por si cupiera alguna duda sobre algún aspecto de las intenciones israelíes, he aquí los argumentos expuestos por la revista *L'Armée israélienne* el 9-7-1982, en un artículo titulado «La batalla de Beirut

es la de la tierra de Israel». Según ella, la invasión persigue:

- En una primera fase, ocupar el sur del Líbano, para luego anexionarlo a Israel.
- Provocar el caos en la región y el desmantelamiento del Líbano mediante conflictos confesionales, lo que conducirá a la instauración de mini-estados enemigos dominados por el sionismo.
- Hostigar a los musulmanes del Líbano, a fin de reducir su importancia numérica, dado que el aniquilamiento de esta comunidad facilitará la participación y pondrá término al sistema democrático libanés.

### *El papel de los Estados Unidos.*

Los Estados Unidos —que llevan años con una política exterior determinada por su apoyo *incondicional* al Estado hebreo— comienzan a percatarse de que sus intereses globales están siendo dañados por tal incondicionalidad <sup>5</sup>. Los sucesos de Afganistán y el deterioro de la situación en el Golfo árabe-pérsico, entre otros factores, han convencido a los EE.UU. de la necesidad imperiosa de lograr una paz en Oriente Próximo (Palestina) para ocuparse de los enormes intereses geo-estratégico-petroleros en juego en Oriente Medio (Irán, Iraq, Arabia Saudita). No obstante, hasta el momento el enfoque pro-judío viene imponiéndose en el tratamiento de Oriente Próximo.

La servidumbre electoral que en el sistema político norteamericano representa la comunidad judía <sup>6</sup> y el enorme poder de ésta en las finanzas, medios de comunicación, medios intelectuales y universitarios, etc., explican fácilmente que la Administración americana —vía Henry Kissinger— hiciera a los israelíes en 1975 la promesa de que no negociaría con la OLP

hasta que ésta no reconociera formalmente a Israel. Promesa que hasta el momento ha cumplido <sup>7</sup>.

Es sobre todo después de la guerra árabe-israelí de octubre de 1973 cuando la diplomacia norteamericana, entonces dirigida por Kissinger, se muestra más activa. Tras conseguir acuerdos que desactivaron la tensión entre Israel y Egipto (14-1-1974) y entre Israel y Siria (31-5-1974), el gobierno americano emprende lo que podríamos denominar el «enfoque Kissinger». Este consiste, fundamentalmente, en intentar conseguir la paz por separado entre Israel y cada uno de sus vecinos árabes. Es la diplomacia del paso a paso o de la «paz por piezas», como ha sido llamada. Rechaza la consideración global del tema obviando considerar los derechos nacionales de los palestinos. Persigue potenciar el papel de Estados Unidos en el área y excluir por completo a la Unión Soviética, ya que este tratamiento se opone al «enfoque de Ginebra», consistente en la coordinación de los esfuerzos de las dos grandes potencias para buscar la paz en Oriente Próximo.

La tesis de Kissinger, que se enmarca entre el resentimiento hacia la OLP —«el elemento más intransigente del mundo árabe» <sup>8</sup>— y el desprecio a la capacidad de actuación internacional de los europeos en este tema —«los europeos serán incapaces de conseguir nada en Oriente Próximo en un millón de años» <sup>9</sup>— habría de conducir por caminos impensados a los Acuerdos de Camp David con otra Administración norteamericana, la de Carter. Administración que, en principio, rechazó la diplomacia kissingeriana por considerarla potencialmente desastrosa al no hacer nada para eliminar las causas fundamentales del conflicto árabe-israelí.

**Los EE.UU. comienzan a percatarse de que sus intereses globales están siendo dañados por el apoyo incondicional al Estado hebreo.**

Irónicamente Camp David comete el error de Kissinger, pero al menos éste no pretendía engañar a nadie y claramente manifestaba sus propósitos: una OLP se-

riamente debilitada podría facilitar que la diplomacia norteamericana convenciera a los palestinos y a los gobiernos árabes de que aceptaran lo que podían obtener en lugar de esperar a lograr algo que ya la OLP era incapaz de proporcionarles<sup>10</sup>.

El «enfoque Carter» —que, como se verá después al propiciar Camp David, no llegó a apartarse del todo de las ideas de Kissinger— implica, en principio, el abandono de la paz por etapas a que aludíamos antes y mantiene durante el primer año y medio de su mandato el principio de la necesaria negociación multilateral de todas las partes implicadas en el conflicto.

Como es tradicional en las Administraciones norteamericanas, excluye de las negociaciones a la OLP, una de las dos principales partes concernidas, pero, a diferencia del tratamiento de Kissinger, favorece encuentros multilaterales y la discusión directa USA-URSS, esto es, el «enfoque de Ginebra». Así, se celebra en octubre de 1977 una reunión entre los respectivos ministros de Exteriores, Vance y Gromyko, con comunicado conjunto incluido y apoyo a la reconvocatoria de la conferencia de Ginebra, copresidida por Washington y Moscú.

Sin embargo, a estas alturas el tratamiento bilateral se había potenciado, ya que en septiembre de 1977 había tenido lugar el famoso viaje sorpresa de Sadat a Jerusalén, que rompía todos los esquemas del conflicto al tiempo que cortocircuitaba el enfoque de Ginebra. De ahí a la conclusión de los Acuerdos de Camp David, celebrados en septiembre de 1978, transcurrió tan sólo un año. Dichos acuerdos suponen el cambio de óptica de la Administración Carter. Camp David, entre otras cosas, significa lo siguiente:

a) Afirma perseguir un acuerdo global, en función de la resolución 242 del

**El «enfoque Carter»  
planteaba la necesidad de una  
negociación multilateral de todas  
las partes implicadas  
en el conflicto.**

Consejo de Seguridad de Naciones Unidas.

b) Sin embargo, EE.UU. renuncia a que se apliquen simultáneamente todos

los elementos de la 242. No se exige la retirada de los israelíes de los territorios ocupados.

c) A pesar de asegurar que se persigue un arreglo global para la región (Egipto está verdaderamente preocupado por el futuro de los palestinos y, al mismo tiempo, necesita, por razones internas, la paz con Israel) el hecho es que se avanza en los acuerdos bilaterales egipcio-israelíes y se posponen los temas árabes-israelíes.

d) Camp David no habla más que de considerar una «autonomía» para los palestinos (cuatro años después de los acuerdos no se ha avanzado un ápice en el tema de la autonomía que, al ser rechazada por la población palestina de los territorios ocupados, demostró que no se puede concluir con éxito acuerdo alguno que afecte a una parte esencial sin el consentimiento de la misma).

En cuanto al «enfoque Reagan» hay que decir que durante la campaña electoral éste afirmó reiteradamente que realizaría una «política totalmente proisraelí», haciendo caso omiso de los «perversos» arabistas que se hallan enquistados en el Departamento de Estado. Y hasta la sustitución de Haig por Schultz, Reagan lo ha venido cumpliendo. Aunque aún es pronto para conocer resultados, es cierto que Schultz y Wernberger, el ministro de Defensa, han trabajado para la multinacional Bechtel, que tiene muy importantes intereses en Arabia Saudita y en otros Estados árabes<sup>11</sup>. Ello, si bien no es determinante, es posible que condicione de alguna manera la posición oficial norteamericana al respecto, sobre todo si tenemos en cuenta que de siempre ha existido, además, una cierta preponde-

rancia del «lobby» petrolero sobre el Partido Republicano. En cualquier caso, habrá de pasar tiempo, dadas las servidumbres existentes en el sistema norteamericano que venimos considerando, antes de que la Administración norteamericana pueda adoptar —lo que es difícil— una posición decidida y decente sobre el tema. Ese es el «rol» que nosotros deseáramos ver jugar a Europa.

### *Los árabes, la OLP y el papel de Arabia Saudí.*

El considerar a los Estados árabes limítrofes (Siria, Jordania, Líbano, Egipto) como «la otra parte del conflicto» es el enfoque predilecto de Israel. *Elimina* el factor palestino (que se desea asimilable por Jordania) y se reduce el problema a lograr la paz por separado con dichos Estados. Y, por supuesto, se ignora a la OLP. Ha de tenerse en cuenta este hecho cuando tan a menudo se menciona la negativa de la organización palestina a «reconocer» a Israel. El «desconocimiento» ha sido mutuo desde hace muchos años. Y es una táctica explicable desde uno y otro punto de vista. Sin embargo, la realidad de las cosas ha ido forzando una evolución en el seno de los palestinos y ocurrirá otro tanto con los israelíes. Así, Isam Sartavi, intelectual palestino de renombre, comentaba en una rueda de prensa celebrada en Madrid <sup>12</sup> que cómo no iban a reconocer a Israel si era el enemigo contra el que luchar y no se lucha contra fantasmas.

Es verdad que existen corrientes extremistas dentro de la OLP que se han opuesto y se oponen a la negociación. Pero, ¿cómo no comprender tales posturas después de como se llevó a cabo la creación de Israel y el comportamiento expansionista tradicional de éste? Así, tales corrientes han argumentado que ellas no forman parte de la «OLPP», esto es, de la

«Organización para la Liberación de una Parte de Palestina», aludiendo a su rechazo a aceptar un mini-estado sobre sólo una porción del territorio histórico de su patria.

No obstante, y dadas las circunstancias, el sentido común se viene imponiendo incluso entre tales sectores palestinos. Así, Georges Habache, líder del Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP), integrado en la OLP, declaraba recientemente: «Estamos dispuestos a aceptar algunas condiciones para el restablecimiento de un Estado palestino sin más y después ya encontraremos el camino, colaborando con las fuerzas democráticas judías, para construir un Estado palestino, democrático y laico» <sup>13</sup>.

En la línea de Sartavi, otros dos importantes e influyentes intelectuales palestinos, Walid Jalidi y Edward Said, vienen argumentando desde hace tiempo en favor del establecimiento, mediante negociaciones políticas, de un Estado palestino. Jalidi, profesor de Ciencias Políticas de la Universidad Americana de Beirut y actualmente enseñando en Harvard, ya escribió en 1978 un artículo-manifiesto pronunciándose a favor del Estado palestino que, según fuentes bien informadas, gozaba del beneplácito de Arafat <sup>14</sup>. Por su parte, Said, que además es miembro del Consejo Nacional Palestino (Parlamento en el exilio), ha insistido en el argumento de la creación del Estado palestino en Cisjordania y Gaza <sup>15</sup>.

En fin, en pleno asedio sionista de Beirut se han producido, a finales de julio de 1982, dos manifestaciones que abundan en el deseo de la OLP de admitir la existencia de Israel. Una de ellas es la toma de postura de la agencia oficial de noticias palestina, Wafa, quien afirmaba entonces que «la OLP está dispuesta a aceptar una nueva resolución del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas que incluyera

---

**El considerar a los Estados árabes limítrofes como «la otra parte del conflicto» es el enfoque predilecto de Israel.**

---

los principios recogidos en las resoluciones precedentes»<sup>16</sup>. Naturalmente, esas resoluciones incluyen la 242 del Consejo de Seguridad, que sostiene el derecho de Israel a existir dentro de fronteras seguras y reconocidas. La resolución no se ocupa, sin embargo, de los derechos nacionales del pueblo palestino, limitándose a hablar de la necesidad de «encontrar una solución justa al problema de los refugiados». De ahí que las críticas de la agencia Wafa vayan dirigidas a esta parte de la misma.

La segunda manifestación es el llamado «documento McCloskey», en el que Arafat se comprometió por escrito ante un grupo de parlamentarios norteamericanos a acatar las resoluciones de Naciones Unidas sobre el tema. Naturalmente, ello es un acto no rigurosamente formal por la manera y circunstancias en que se llevó a cabo, pero hay que pensar que la OLP y Arafat ya han dado suficientes muestras de flexibilidad si se las compara con las inexistentes por parte de Israel y que ni una ni otro reconocerán formal y rigurosamente la existencia de Israel sin serias contrapartidas. Israel, de perseguir una actitud digna y satisfactoria para todos —lo que obviamente no es el caso— debería apreciar en lo que vale el comentario con que termina Wafa: «Si es verdad que hemos entrado en una nueva fase y que existe una posibilidad de progreso, la OLP estará dispuesta a examinar todo lo que pueda ayudar al pueblo palestino a recobrar sus derechos, incluido un Estado palestino en el marco de una solución justa».

En cuanto al papel de los Estados árabes más o menos geográficamente contiguos al conflicto poco hay que decir en función de su exigua reacción, en términos generales, ante la agresión israelí contra libaneses y palestinos. Iraq, que es el Estado árabe no directamente vecino de Palestina que más ha ayudado al pueblo de ésta desde la creación de Israel, se halla

en la actualidad fuera del juego por la guerra que le enfrenta con Irán. Jordania, que contra los deseos y creencia de Carter no aceptó jugar el juego de Camp David, no tiene entidad suficiente para emprender aisladamente acción alguna. De Egipto hay que decir que, a raíz de la invasión del Líbano, por primera vez desde Camp David ha atacado su prensa oficial duramente a los EE.UU. y, por supuesto, a Israel, pero mantiene todavía una actitud coherente con los acuerdos firmados. Siria, que si hemos de creer a Henry Kissinger, se opone a la constitución de un Estado palestino porque no desea una OLP soberana y no dependiente de Damasco<sup>17</sup>, y que por idénticas razones durante la Administración Carter, según parece, impidió determinados movimientos negociadores de EE.UU. y de la OLP tendientes a una posible modificación de la resolución 242 en el sentido aludido por la agencia Wafa, no merece mayor consideración.

Si la actuación de los países árabes llamados radicales se reduce, ante la mayor agresión sufrida por el pueblo palestino desde 1948, a la postura siria o a la libia, que se entretiene en pedir explicaciones diplomáticas a la URSS por su abstención en la crisis o a recomendar a los palestinos que se suiciden colectivamente antes que abandonar Beirut, habrá que prestar creciente atención a los denominados moderados.

En esta línea es importante el papel que está jugando Arabia Saudí en la crisis. Es sintomático que su ministro de Asuntos Exteriores, Saud el Faisal, acudiera a Bonn, inmediatamente después de comenzar la invasión del Líbano, donde estaban reunidos los jefes de la OTAN, incluido Reagan. Puede no estar lejos de la realidad que determinadas advertencias realizadas por el saudí surgieran el efecto de facilitar el relevo de Haig, que había venido manteniendo una postura abiertamen-

---

**La OLP y Arafat ya han dado suficientes muestras de flexibilidad si se las compara con las inexistentes por parte de Israel.**

---

te pro-israeí, con el consiguiente proceso imperceptiblemente iniciado hacia una, de alguna manera, participación futura de la OLP en negociaciones políticas.

**Arabia Saudí puede llegar a convertirse en un factor, si no determinante, sí condicionante en el conflicto de Oriente Próximo.**

Integrantes de ese proceso serían el «documento McCloskey», la concesión de visado de entrada en EE.UU. a un relevante dirigente de la OLP y las conversaciones entre Reagan y los ministros saudí y sirio de Asuntos Exteriores, entre otros factores.

Que el ministro sirio, en lugar de acudir a Moscú lo hiciera a Washington constituye un éxito para éste en detrimento de aquél, pero revela, por un lado, la dosis de realismo de los sirios quienes, a pesar de sus estrechos vínculos con la URSS, han comprendido que en este momento los vientos no le son favorables. Y, por otro lado, el poder de convocatoria que ha llegado a obtener Arabia Saudí al convencer a Siria de la conveniencia de presentarse a Washington de su mano.

Como de lo que se trata es de salvar al pueblo palestino del genocidio al tiempo que se logra una OLP políticamente reforzada que pueda continuar la lucha, Arabia Saudí es un país idóneo para avanzar en esa dirección. Y lo es por ser un país «moderado» con una enorme red de intereses económicos con Estados Unidos, principal sostenedor de Israel. Pero, simultáneamente, *no* es un aliado *incondicional* suyo, dado que existe una seria variable en la alianza que no se da en ninguna otra de las que mantiene EE.UU.: la divergencia sobre palestinos, que ocasiona una postura heterodoxa respecto a los americanos. Así que, heterodoxia, fuertes intereses económicos comunes y ambivalencia de sentimientos ante EE.UU. (que en los saudíes produce una mezcla de ansiedad y de seguridad imprescindible para la estabilidad de su régimen) son ingredientes que adecuadamente combinados pueden conseguir interesantes resultados de cara a una paz justa.

Que Arabia Saudí puede llegar a convertirse en un factor, si no determinante, sí desde luego altamente condicionante queda reflejado por los recelos y franca

hostilidad de Israel hacia un país que, por su moderación, esto es, por su vinculación a EE.UU., no debería preocuparle. Sin embargo, como decíamos antes, en este contexto se impone la variante heterodoxa. Así, Isaac Shamir, ministro de Asuntos Exteriores de Israel, escribía hace unos meses: «Aquellos que Occidente define como moderados no lo son necesariamente. Los planes y las propuestas lanzados ocasionalmente por estos países supuestamente moderados —como el plan saudí de ocho puntos del verano pasado— en realidad están a menudo concebidos para reducir a Israel a una situación de indefensión»<sup>18</sup>.

#### *La contribución de Europa Occidental.*

Sea cual fuere la conclusión final de lo que ha venido llamándose la «crisis» libanesa —y ello no se apreciará con nitidez hasta semanas después de que los israelíes hayan abandonado las intermediaciones de Beirut— algunas cosas habrán quedado claras. Por un lado, la OLP, reforzada en su papel político y redefinidas sus alianzas, habrá iniciado una nueva etapa en busca del mismo objetivo: la consecución de un destino digno para su pueblo. Por otro lado, salvo que la Administración Reagan sepa elaborar una estrategia de presión sobre Israel que obligue a éste a comenzar a ceder de una vez por todas, el Estado hebreo y la Unión Soviética habrán ganado una baza, al menos a corto plazo, y los propios Estados Unidos, los árabes y Europa, habrán perdido otra.

Pues, si bien es cierto, como decíamos más arriba, que el hecho de que el ministro sirio de Exteriores acuda a Washington es un golpe para la URSS, no lo es menos que ésta asienta posiciones sin es-

cándalo notorio en Afganistán e Irán, al tiempo que EE.UU. se empantana en Oriente Próximo. Quizá nunca se sepa con exactitud por qué en 1948 la URSS reconoció tan rápidamente al Estado de Israel, aunque probablemente persiguiera la eliminación de la presencia británica en la zona y ganar cierta influencia en Israel<sup>19</sup>.

En cualquier caso, este país y la URSS parecen haber desarrollado estrategias similares en Oriente Próximo, esto es, la «crisis» en la zona se desarrollaría con un Israel fuertemente vinculado a EE.UU., al tiempo que la URSS aparecería como defensora de los árabes. Obviamente, ello ha venido dando buenos resultados para israelíes y soviéticos, no tan buenos para los árabes y pésimos para los americanos, cuya política exterior en el mundo, y en especial en el mundo árabe-islámico, ha quedado hipotecada.

Pero, ¿y Europa?<sup>20</sup> Europa, que ha iniciado tarde su política común respecto a Oriente Próximo, tiene en estos meses la gran oportunidad para profundizarla y renovarla. Con mayores ventajas en unos momentos en que la agresión al Líbano y la guerra irano-iraquí han trastocado diversos esquemas de alianzas y de política exterior.

Europa, que está mucho menos obligada que EE.UU. (a pesar del «complejo de Holocausto») por las servidumbres internas del poder electoral judío, que se halla preocupada por las rivalidades peligrosas de las superpotencias en el área y que está interesada por el petróleo y por la gran red de intercambios comerciales entre ella y el mundo árabe, debe propiciar una iniciativa que contribuya a una paz justa, digna y duradera en Oriente Próximo. Europa debe desplegar toda su capacidad, que teóricamente es mucha, para construir una buena y estable relación euro-árabe, en beneficio de ambas partes. Tal

relación contribuirá, sin duda, a lograr la paz y estabilidad para la zona, contando con los intereses, voluntades y participación de todos los afectados. Las posibilidades europeas son numerosas y, de haberlas sabido jugar a tiempo, otra sería la situación en el área. Si los Estados árabes moderados hubieran tenido alternativa a EE.UU. (y Europa podría haberla tenido) hace tiempo que habrían atenuado la relación de cuasi-dependencia que algunos mantienen con este país. Sea por su dependencia del petróleo o por motivos humanitarios, lo que nos parecería más laudable, Europa debe elaborar y propagar una política que profundice el diálogo euro-árabe y ofrezca instrumentos de acción de cara a la satisfacción de los derechos nacionales del pueblo palestino.

#### *El diálogo euro-árabe.*

Los antecedentes de una postura común europea se remontan a mayo de 1971

**Europa debe propiciar una iniciativa que contribuya a una paz justa, digna y duradera en Oriente Próximo.**

en que dentro del recién establecido sistema de cooperación política europea, el Consejo de Ministros de la CEE adopta una resolución sobre el conflicto árabe-

israelí que recoge el contenido de la resolución 242 de la ONU. En 1972, la Comisión Europea propone realizar consultas con los Estados árabes, pero hasta 1973, tras la guerra árabe-israelí, no puede hablarse de una actividad dinámica. Hasta finales de los años sesenta, la CEE se había ocupado simplemente del problema de los «refugiados» palestinos (resolución 242). Pero en noviembre de 1973 su Consejo de Ministros habla ya de los legítimos derechos de los palestinos, para el 29-6-1977 mencionar por vez primera la necesidad de fundar un «hogar» palestino<sup>21</sup>. La CEE comienza desde entonces a reclamar una solución global para todas las partes afectadas, oponiéndose al tratamiento bilateral de «paz por piezas». De ahí sus reservas a los Acuerdos de Camp David que, como sabemos, endosan este

segundo enfoque. Así, el 26-3-1979, el Consejo de Ministros de la CEE da la bienvenida al tratado de paz entre Egipto e Israel, pero advierte que el mismo no ha de constituir una paz por separado sino servir de instrumento para lograr una solución global para Oriente Próximo, que sólo podrá conseguirse mediante un acuerdo multilateral elaborado por todas las partes concernidas incluidos los representantes del pueblo palestino y con aprobación de la comunidad internacional. Tal declaración enfatiza el derecho palestino a un «hogar» y condena los asentamientos israelíes en los territorios ocupados.

El 22-6-1979, la CEE va más lejos. Su Consejo de Ministros se distancia de la diplomacia norteamericana: propugna, una vez más, la solución global, sobre la base de las resoluciones del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas y de la Comunidad, sin ni siquiera citar el tratado de paz de Beguin-Sadat.

La próxima etapa importante supone para la CEE el paso del Rubicón en este tema. Es la adopción, en junio de 1980, de la Declaración de Venecia: no solamente se defienden los derechos del pueblo palestino sino que, por vez primera, se menciona a la OLP que, «con todas las partes concernidas deberá ser asociada a la negociación».

La Comunidad, que no ha ocultado su satisfacción por la feliz conclusión de la primera parte de Camp David (la restitución del Sinaí a Egipto), ha manifestado su desagrado por el fracaso de la segunda: las negociaciones sobre la autonomía de los palestinos de Cisjordania. Así, el 27-4-1982, el Consejo de los Diez saluda en Luxemburgo la retirada israelí del Sinaí y «espera que a este hecho, que es resultante de una negociación, sucedan nuevas negociaciones susceptibles de conducir a una paz global, justa y duradera sobre la

base de los dos principios numerosos y repetidos, el derecho a la existencia y a la seguridad de todos los Estados y la justicia para todos los pueblos, lo que implica el reconocimiento de los derechos legítimos del pueblo palestino, incluido el derecho a la autodeterminación».

En plena invasión del Líbano, en el verano de 1982, la CEE tiene la oportunidad de plantearse seriamente una iniciativa político-diplomática que potencie y dé cuerpo definitivamente a la capacidad de gestar una política exterior común en este tema.

Países no comunitarios con evidente interés en el tema deben sumarse a ella o colaborar desde fuera, aunque paralelamente, a los esfuerzos de la CEE. Un buen ejemplo es el que lleva a cabo Austria bajo el liderazgo de Kreisky y un buen ejemplo frustrado fue el que intentó el gobierno Suárez cuando invitó, en septiembre de 1979, a Yaser Arafat a visitar Madrid. Es de suponer que un próximo gobierno socialista en España elabore una política congruente al respecto.

La CEE, que, como hemos visto, ha ido progresivamente avanzando en su actitud pro-palestina, si bien aún está lejos de ofrecer una política plenamente coherente en este campo, puso ciertas esperanzas en los resultados de las conversaciones sobre la autonomía de los palestinos de Cisjordania que, según los acuerdos Sadat-Beguin, deberían haber concluido en mayo de 1980 y que, como es conocido, no se han llegado a realizar. Medios comunitarios han opinado siempre que si tales conversaciones no se realizaban, llegado era el momento de propiciar una iniciativa europea definitiva sobre Oriente Próximo.

**La CEE, que está satisfecha por la feliz conclusión de la primera parte de Camp David, ha manifestado su desagrado por el fracaso de la segunda.**

Así, y a pesar de que el triunfo electoral de Mitterrand en 1981 introduce una cierta ralentización en el proceso que venimos describiendo<sup>22</sup>, en noviembre de ese año

se produce un importante viaje a Riad del entonces presidente de la CEE, Lord Carrington, para discutir el Plan de paz de Fahd. En junio de 1982, Genscher viaja a Israel y recuerda a Beguin que los principios de la Declaración de Venecia de la CEE continúan siendo válidos.

Y hay que preguntarse si en el desencadenamiento del ataque israelí contra Líbano no habrá tenido algo que ver la creciente firmeza comunitaria unida a un posible cambio de actitud egipcia. El 25-5-1982, el ministro de estado egipcio para Asuntos Exteriores, Butros Ghali, informa al presidente en ejercicio del Consejo de la CEE, Leo Tindemans, de que «su gobierno se está esforzando en proporcionar un nuevo enfoque al proceso de paz» y de que «Egipto no pretende tener el monopolio de la solución pacífica del problema palestino»<sup>23</sup>. La CEE, por su parte, ha condenado la agresión al Líbano muy rigurosamente, calificándola de «flagrante violación del derecho internacional que compromete los esfuerzos para conseguir una solución pacífica de los problemas de Oriente Próximo». E, incluso, por primera vez, la Comunidad ha suscitado explícitamente la posibilidad de aplicar sanciones contra Israel.

Henry Kissinger extrae de la «crisis» del Líbano la conclusión de que es el momento de que Europa se dé cuenta de sus «vanas ilusiones» respecto a Oriente Próximo. Se refiere a los esfuerzos europeos por potenciar una negociación entre Israel y una OLP moderada. Nosotros pensamos —y mucha gente en Europa también— que ése es el único camino si se quiere evitar, a medio plazo, la guerra total y final en Oriente Próximo y en quién sabe que otros lugares. EE.UU. ha pretendido, hasta ahora, debilitar a la OLP para convencer a los palestinos de que no pueden obtener nada de una organización débil. Nosotros creemos que hay que jugar

la carta de una OLP reforzada y pragmática.

Creemos que Europa debe propiciar la reforma por el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas de la resolución 242 para incorporar dignamente la defensa de los derechos nacionales de los palestinos. Creemos que Europa debe darles una señal de esperanza y una perspectiva política. Europa debe fomentar la creación de un Estado palestino en Cisjordania y Gaza y el otorgamiento de seguridades internacionales para las fronteras legales del Estado de Israel.

Europa debe, en la línea de las propuestas Genscher de julio de 1982, influir sobre EE.UU. para que éstos, a su vez, moderen a Israel; apoyar sin reservas a los países árabes moderados con consultas periódicas sobre el tema y analizar detenidamente el Plan Fahd de paz para Oriente Próximo.

---

**¿No habrá tenido algo que ver la creciente firmeza comunitaria y un posible cambio de actitud egipcia en el desencadenamiento del ataque israelí al Líbano?**

---

Europa, en fin, debe comprometerse consigo misma para ayudar a los palestinos a convertirse en sujetos activos de sus derechos, nacionales e individuales. Para conseguir este elemental principio de justicia, Europa no debe dudar en hacer pagar a Israel el precio que sea, un precio que no tendría por qué ser elevado de no mediar la conocida intransigencia persistentemente puesta de manifiesto por el Estado hebreo. De no ser así, no solamente no contribuirá a un objetivo digno y justo sino que, además, no podremos impedir la aparición, a corto y medio plazo, del terrorismo a que aludíamos al principio de este artículo.

Por otro lado, los israelíes deberían aprender, de una vez, lo efímero de ciertas situaciones de fuerza, ventajosas coyunturalmente (aunque se trate de una coyuntura de años) pero desastrosas a la larga. Deberían reflexionar sobre el hecho de que los apoyos y las alianzas pueden ser pasajeros en un momento dado, dependiendo de la modificación de determina-

se produce un importante viaje a Riad del entonces presidente de la CEE, Lord Carrington, para discutir el Plan de paz de Fahd. En junio de 1982, Genscher viaja a Israel y recuerda a Beguin que los principios de la Declaración de Venecia de la CEE continúan siendo válidos.

Y hay que preguntarse si en el desencadenamiento del ataque israelí contra Líbano no habrá tenido algo que ver la creciente firmeza comunitaria unida a un posible cambio de actitud egipcia. El 25-5-1982, el ministro de estado egipcio para Asuntos Exteriores, Butros Ghali, informa al presidente en ejercicio del Consejo de la CEE, Leo Tindemans, de que «su gobierno se está esforzando en proporcionar un nuevo enfoque al proceso de paz» y de que «Egipto no pretende tener el monopolio de la solución pacífica del problema palestino»<sup>23</sup>. La CEE, por su parte, ha condenado la agresión al Líbano muy rigurosamente, calificándola de «flagrante violación del derecho internacional que compromete los esfuerzos para conseguir una solución pacífica de los problemas de Oriente Próximo». E, incluso, por primera vez, la Comunidad ha suscitado explícitamente la posibilidad de aplicar sanciones contra Israel.

Henry Kissinger extrae de la «crisis» del Líbano la conclusión de que es el momento de que Europa se dé cuenta de sus «vanas ilusiones» respecto a Oriente Próximo. Se refiere a los esfuerzos europeos por potenciar una negociación entre Israel y una OLP moderada. Nosotros pensamos —y mucha gente en Europa también— que ése es el único camino si se quiere evitar, a medio plazo, la guerra total y final en Oriente Próximo y en quién sabe que otros lugares. EE.UU. ha pretendido, hasta ahora, debilitar a la OLP para convencer a los palestinos de que no pueden obtener nada de una organización débil. Nosotros creemos que hay que jugar

la carta de una OLP reforzada y pragmática.

Creemos que Europa debe propiciar la reforma por el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas de la resolución 242 para incorporar dignamente la defensa de los derechos nacionales de los palestinos. Creemos que Europa debe darles una señal de esperanza y una perspectiva política. Europa debe fomentar la creación de un Estado palestino en Cisjordania y Gaza y el otorgamiento de seguridades internacionales para las fronteras legales del Estado de Israel.

Europa debe, en la línea de las propuestas Genscher de julio de 1982, influir sobre EE.UU. para que éstos, a su vez, moderen a Israel; apoyar sin reservas a los países árabes moderados con consultas periódicas sobre el tema y analizar detenidamente el Plan Fahd de paz para Oriente Próximo.

---

**¿No habrá tenido algo que ver la creciente firmeza comunitaria y un posible cambio de actitud egipcia en el desencadenamiento del ataque israelí al Líbano?**

---

Europa, en fin, debe comprometerse consigo misma para ayudar a los palestinos a convertirse en sujetos activos de sus derechos, nacionales e individuales. Para

conseguir este elemental principio de justicia, Europa no debe dudar en hacer pagar a Israel el precio que sea, un precio que no tendría por qué ser elevado de no mediar la conocida intransigencia persistentemente puesta de manifiesto por el Estado hebreo. De no ser así, no solamente no contribuirá a un objetivo digno y justo sino que, además, no podremos impedir la aparición, a corto y medio plazo, del terrorismo a que aludíamos al principio de este artículo.

Por otro lado, los israelíes deberían aprender, de una vez, lo efímero de ciertas situaciones de fuerza, ventajosas coyunturalmente (aunque se trate de una coyuntura de años) pero desastrosas a la larga. Deberían reflexionar sobre el hecho de que los apoyos y las alianzas pueden ser pasajeros en un momento dado, dependiendo de la modificación de determina-

dos intereses. No deja de ser tragicómico que los israelíes reciban un importante sostén de los protestantes fundamentalistas, con arraigo en un respetable sector de la sociedad norteamericana. Los fundamentalistas creen que el retorno de los judíos a Palestina es signo del inminente

**Los israelíes deberán aprender, de una vez, lo efímero de ciertas situaciones de fuerza, ventajosas coyunturalmente pero desastrosas a la larga.**

retorno del Mesías y que, por tanto, forma parte del plan divino para el mundo. Los israelíes se muestran muy contentos con este aspecto de la creencia e ignoran la segunda parte, que asegura que los judíos se convertirán al cristianismo y aquellos que no se conviertan serán destruidos.

<sup>1</sup> Digna de elogio es, sin embargo, la valiente actitud del jefe del gobierno de Austria, Bruno Kreisky, quien desde hace tiempo desarrolla una acertada política de Estado tendente a conseguir una justa paz para Oriente Próximo. Ante la invasión del Líbano, Kreisky ha abierto un debate en el seno de la Internacional Socialista solicitando la expulsión de este organismo del Partido Laborista de Israel. Constituye, por otro lado, un acierto político y ético del PSOE la resolución de julio pasado de su Comité Federal sumándose a la iniciativa Kreisky.

<sup>2</sup> La postura del «Ereta Israel» sostiene con cínica desfachatez que las tierras de Samaria y Judea pertenecen al Estado hebreo pero que la población —casi toda palestina— pertenece a Jordania y que, por lo tanto, debe integrarse en ese Estado.

<sup>3</sup> Esta solución «ha parecido idónea a la Asociación de Amistad España-Israel, que la elogiaba en un comunicado». Tal vez alguno de sus integrantes podría recomendar idéntico método «político» para solucionar el problema ETA: una invasión militar del sur de Francia arreglaría las cosas. El triunfo de la razón.

<sup>4</sup> El odio al palestino que se desprende de la estrategia y medios de guerra de Israel es notorio.

<sup>5</sup> Desde hace ya algunos años son numerosas las voces de protesta que se alzan en el seno de los propios EE.UU. contra la preponderancia del *lobby* judío en la política exterior de este país. En el propio Departamento de Estado hay una importante corriente profesional que lucha contra tal preponderancia.

<sup>6</sup> La participación política, directa e indirecta, como candidatos y electores, de los judíos norteamericanos es la más importante y mejor organizada (financiera y humanamente) de los Estados Unidos. Tanto que la influencia real que ejercen en la vida nacional es muy superior al porcentaje numérico que constituyen el total de la población.

<sup>7</sup> Las entrevistas habidas en los últimos años (sobre todo en época de Carter) entre miembros de la OLP y funcionarios norteamericanos, públicas y secretas, no pueden calificarse de «negociaciones» sino de simples «conversaciones».

<sup>8</sup> «Will the West see the light on the road to Damascus?». *The Guardian Weekly*. Londres, 27-6-1982.

<sup>9</sup> Citado por David Allen en «Political cooperation and the Euro-Arab Dialogue», pág. 71 del libro colectivo *European Political Cooperations*. Allen, Rummel y Wessels. Butterworth Scientific, Londres, 1978.

<sup>10</sup> Esta es, obviamente, también la tesis de Reagan. No parece, sin embargo, que la organización palestina haya perdido el apoyo de la inmensa mayoría de sus compatriotas, ni de los residentes en Líbano o Jordania, ni de los que sufren la ocupación en los territorios ocupados por Israel, cuyos alcaldes, democráticamente elegidos por los palestinos, son cesados por las autoridades militares israelíes de ocupación al negarse a colaborar con ellas.

<sup>11</sup> A fines de julio de 1982, los grupos de presión sionistas norteamericanos, preocupados por un posible cambio de gestión del nuevo Secretario de Estado, Schultz, habían lanzado una campaña contra Philip Habib, el mediador americano en Oriente Próximo. Acusado también de tener conexiones con la Bechtel, el propio Reagan tuvo que intervenir varias veces en su apoyo. Es curioso, por otra parte, cómo esos «lobbies» judíos acusan indiscriminadamente a tal o cual persona de tener cual o tal conexión, cuando son precisamente ellos los mejores y más sólidamente «conectados» en el campo contrario.

<sup>12</sup> Congreso de la Internacional Socialista. Octubre, 1970.

<sup>13</sup> *El País*. 24-7-1982.

<sup>14</sup> «Thinking the unthinkable: a sovereign state for Palestines» (Pensando en lo impensable: un estado soberano para Palestina). *Foreign Affairs*. Nueva York. Julio, 1978.

<sup>15</sup> Edward Said, profesor de Literatura Inglesa en la Universidad de Columbia de Nueva York. *Orientalism*. Routledge and Kegan Paul. Londres, 1978; *The question of Palestine*, id., 1980, y *Covering Islam*, id., 1982.

<sup>16</sup> *El País*. 23-7-1982.

<sup>17</sup> Ver artículo citado de Kissinger.

<sup>18</sup> «Israelis role in a changing Middle East». *Foreign Affairs*. Primavera de 1982.

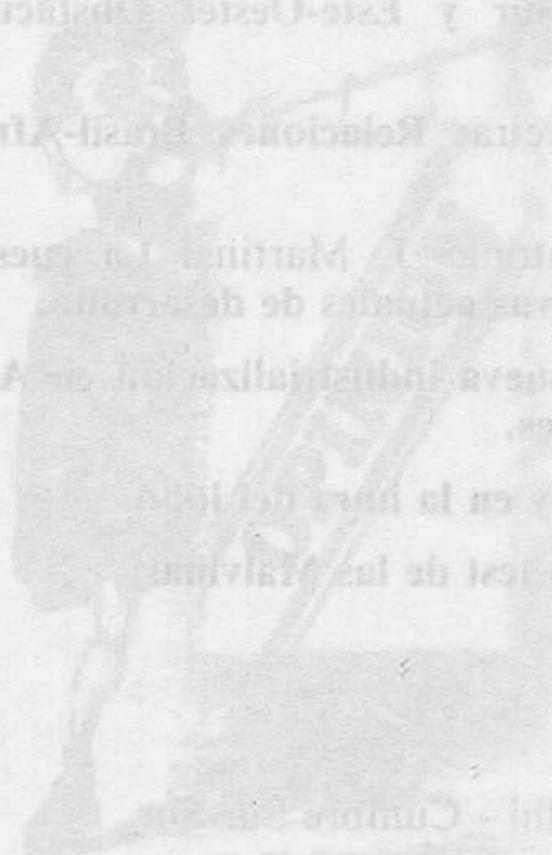
<sup>19</sup> Hay quien opina que los soviéticos sabían que la creación de Israel y la marcha de Gran Bretaña supondría una enorme carga para los Estados Unidos y que podría cooperar a volcar el resentimiento de los árabes e islámicos contra este país.

<sup>20</sup> Salvo cuando mencionemos expresamente las excepciones, por Europa nos referimos aquí a la Comunidad Económica Europea (CEE) en cuanto que, obviamente, es la expresión de Europa más representativa y dinámica y lo será más dentro de unos años con la inclusión de Portugal y España. Nuestro país debe tomar buena nota de lo que es una política exterior común y de las adecuadas salvedades que a la misma, en ocasiones, es conveniente poner. Grecia es un ejemplo a considerar.

<sup>21</sup> Un «homeland». La misma terminología utilizada por la Declaración Balfour en 1917 y que luego conduciría a la creación del Estado Sionista.

<sup>22</sup> Mitterrand ha tenido, de siempre, ciertas inclinaciones pro-israelíes. Sin embargo, la intransigencia e inhumanidad del Estado hebreo durante la «crisis» libanesa del verano de 1982 ha forzado a Francia a adoptar firmes actitudes de condena de éste y de defensa de los derechos palestinos. Así, a finales de julio, el Consejo de Seguridad de la ONU debatió un importante proyecto franco-egipcio para poner fin a la agresión israelí.

<sup>23</sup> Citado por Henri Legros en «L'Europe des Dix et l'agresion israelíenne». *France-Pays Arabes*. París. Julio, 1982.



DOCUMENTOS:

Consulencia de Nueva Delhi - Cumbre...

NOTICIAS - DATOS - INFORMES - REVISIONES:

SUSCRIPCIONES

América del Norte/Asia/Europa	US\$ 2,32
América del Sur	US\$ 2,32
Argentina/Brasil/Colombia/Chad/México/Puerto Rico/Venezuela	US\$ 2,32
Resto del mundo	US\$ 2,32
América del Norte/Asia/Europa	US\$ 2,32
América del Sur	US\$ 2,32
Argentina/Brasil/Colombia/Chad/México/Puerto Rico/Venezuela	US\$ 2,32
Resto del mundo	US\$ 2,32